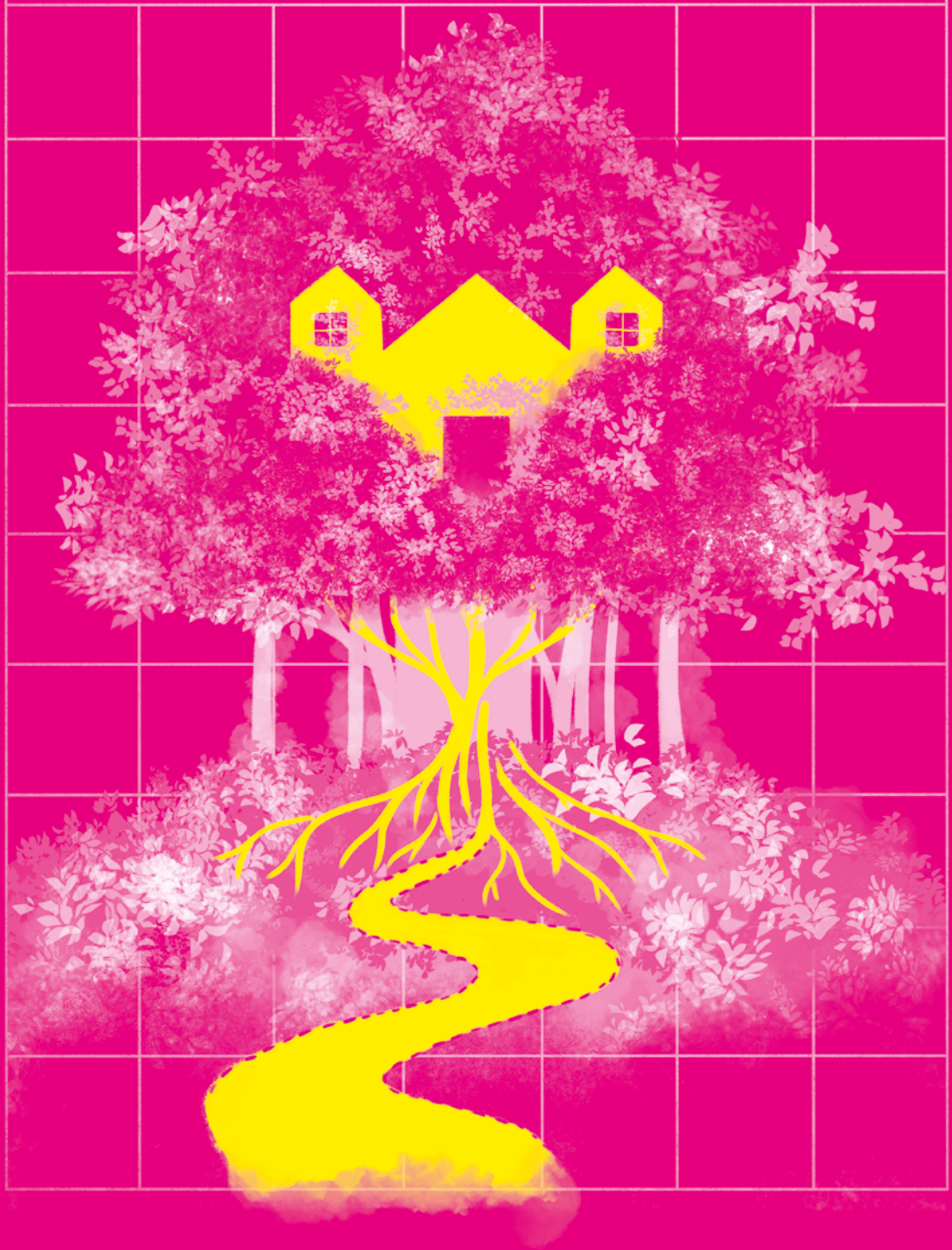
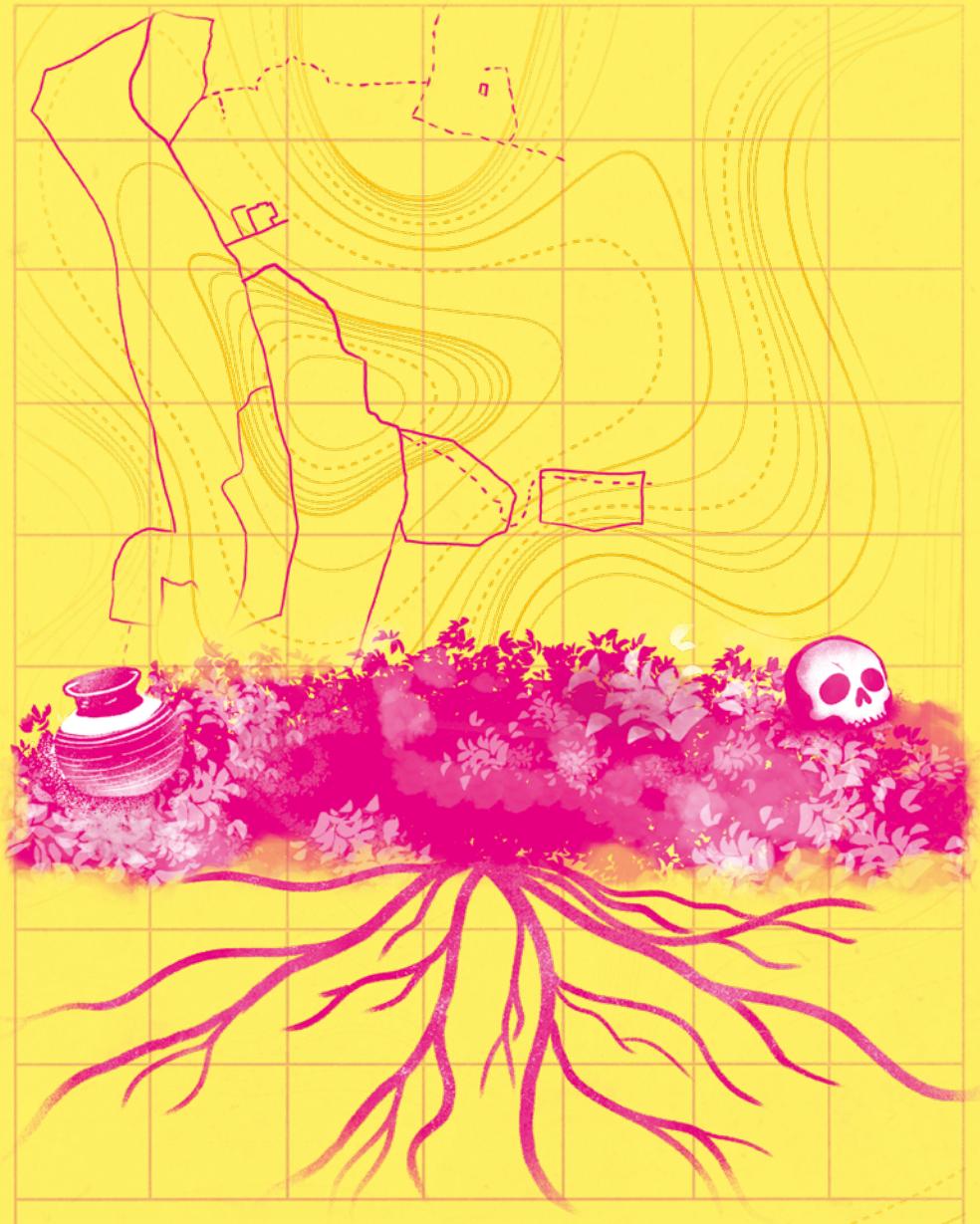
ESTA FRACCIÓN DE TIERRA ESTÁ POBLADA DE ÁRBOLES QUE REDUCEN EL TAMAÑO DE SUS HOJAS

Luisebastián Sanabria

[OTRAS MEDIDAS EFECTIVAS DE CONSERVACIÓN BASADAS EN ÁREAS, LAS GUACHARACAS]



OTRAS MEDIDAS EFECTIVAS DE CONSERVACIÓN BASADAS EN ÁREAS, LAS GUACHARACAS [PIOJÓ, ATLÁNTICO]



ESTA FRACCIÓN DE TIERRA ESTÁ POBLADA DE ÁRBOLES QUE REDUCEN EL TAMAÑO DE SUS HOJAS



RANCHOS EN EL CERRO, MIRADORES EN LA CIMA

[moradas]

—

En lo más alto del municipio de Piojó, cerca de la cima de una de sus montañas, hay un rancho y un galpón. Se trata de una zona de pendientes pronunciadas que limita al sur con la Reserva Forestal Protectora El Palomar, preservadora del bosque seco tropical. El espacio entre el rancho y el galpón es tan reducido que apenas pasan con esfuerzo los animales: cinco perros y un par de gallinas; o no se distingue, más bien, el paso entre los comederos y la cama de Serpa, a quien nadie ha visto esta semana.

* Son las seis y treinta de la mañana. Nos guía el sonido de las guacharacas, el ave que treinta y cuatro familias de Piojó han escogido para nombrar la asociación campesina que las agrupa.

El rancho, con su única puerta que da al horizonte, tiene las paredes cubiertas con madera: siete cortes irregulares pintados de blanco sobre las marcas de la sequía, un hollín viejo que se acumula y se escarcha en los bordes, en las esquinas. El galpón, también de techo a dos aguas, es del color del adobe, de las ramas pulidas con navaja, del óxido que el calor impone sobre los latones de aluminio a ras del suelo, afuera del rancho. Desde ahí, con la sombra de los árboles, se ve el Mar Caribe bordeando la costa del departamento del Atlántico.

Antes de llegar al último mirador del municipio –donde vive Serpa–, por el camino que Luis y su padre bien conocen, pasamos junto a dos casas más. La primera replica la forma del rancho y del galpón. Está ubicada a veinte minutos de la cima. Fue construida con tejas de color rojo, cuatro paredes de yeso laminado y una ventana que permanece abierta. Tampoco está su dueño, Milton. Hay cuidado en las vigas, en las columnas y en el sofá de tres puestos –al lado de la estufa de leña–, donde aguardamos a que algún ave se pose en los árboles. En Piojó cantan ciento treinta especies de aves durante el día. Esperamos avistarlas hoy, al menos una parte.

Son las seis y treinta de la mañana. Nos guía el sonido de las guacharacas, el ave que treinta y cuatro familias de Piojó han escogido para nombrar la asociación campesina que las agrupa. Los habitantes coinciden en hablar de la unión del bosque, las aves y sus casas como territorios

de vida. Por eso, el objetivo de la asociación comunitaria es más grande: se empeñan en conservar su tierra, un ecosistema de bosque seco tropical con un área de seiscientas diez hectáreas ubicada entre Hibácharo y El Cerrito, en los sectores de Guaybaná y Macondal.

Desde el sofá de Milton, un ave mochilera nos advierte de sus nidos, a unos metros de la primera casa. Entonces, nos movemos despacio, en la lentitud de los pajareros. Detallamos el suelo: semillas dispersadas por el viento cubren las rocas. Las huellas de un venado; las de los armadillos. Suenan nuestros pasos y las aves.

—Estamos cerca de las mochilas —dice Luis—, y también de los macondos, que ya no crecen.

El macondo es solo uno de los árboles en vía de extinción. Vamos recogiendo sus semillas para el vivero de la asociación, un proyecto con más de diez mil plántulas en el que la señora Julia y sus compañeras esperan ver las primeras hojas después de largas jornadas de riego. Julia es la propietaria de la segunda casa en el recorrido y está con nosotros. Sus pasos no se sienten ni se oyen. Ella cuida de la tierra para su sobrino, para los hijos de sus comadres, para sus nietos. Habla al cielo y a Dios pide que llueva. En Piojó, como se ve en las raíces de algunas plantas, son más los meses de estación seca que los de época de lluvias.

—Hay un clamor popular por el medioambiente —dice Julia.



Luego me cuenta –ya sentados, viendo el borde de la costa– sobre el agua que todavía no cae. Y desde allí, a lo lejos, mira el mar con deseo y espera que el milagro del agua esté próximo. Me cuenta y me muestra al mismo tiempo el lugar donde vive, dónde termina su parcela y dónde empieza la de sus hermanos. Su casa es de bahareque; fue hecha con paciencia, con las manos, piedra a piedra, muros que filtran la corriente de las brisas de la noche. En la parte de atrás, un tanque tipo zamorano vacío. Se trata de una de las estrategias de recolección de agua de lluvia que no empieza.

En el tiempo
no hay razón
ni esperanza
en la lluvia menuda

En este punto del ascenso, donde se levanta la casa de Julia, también está el sueño de recibir turistas: hacer de sus recetas, del patacón relleno y del suero fresco, otra forma de recorrer el municipio, sus tradiciones. Ella pasa, salta entre historias, entre la memoria y el anhelo, bebiendo su café con leche, que hierve como el sol a las doce.

—Así es hablar a vuelo de pájaro —me dice—. Y usted, que viene conmigo, mi hermano y mi nieto, ya anda como guacharaca, en grupo para vivir los días.



LO QUE SIGUE A UN BOSQUE SECO: OMEC LAS GUACHARACAS

[reporte básico]

—

El municipio de Piojó está ubicado al noroccidente del departamento del Atlántico, sobre la gran planicie costera del Caribe colombiano. Allí, treinta y cuatro familias en una extensión de seiscientas diez hectáreas conforman la Asociación de Campesinos de los Corregimientos de Hibácharo y El Cerrito, "Las Guacharacas" (Asoguacharacas). En esta área, miembros de las familias asociadas lideran y gestionan procesos de gobernanza con los que han alcanzado resultados positivos para el cuidado de la biodiversidad de su territorio, que comprende un relicto de bosque seco tropical, fracción demarcada que aún no se encuentra bajo la protección de una figura de conservación.

Esta fracción de tierra está poblada de árboles que reducen el tamaño de sus hojas, endurecen sus cortezas e incluso se deshojan por completo como estrategia caducifolia en época seca para perder menos agua y ganar en eficiencia energética.

Las plantas caducifolias se pintan de colores – amarillo, rosado, morado– y luego desnudan y exponen sus troncos a la intemperie. Así esperan hasta la época de lluvias, cuando regresa el color verde a sus existencias.

La Fundación Ecosistemas Secos de Colombia (FESC), enfocada en la planificación y creación de áreas protegidas de bosque seco en el Caribe colombiano, junto a la iniciativa Conserva Aves, ejecutada por el Fondo Acción, han acompañado a la asociación Las Guacharacas desde 2011 a través de jornadas enfocadas en el fortalecimiento de la gobernanza y el trabajo en conjunto con miras a su reconocimiento como OMEC. También han hecho talleres de formulación de proyectos para incentivar planes de manejo territorial y restauración ecológica, lo que aspiran a que disminuya, de manera exponencial, las presiones y amenazas a las que se ve sometido el bosque.

Las acciones adelantadas por la comunidad cumplen con los criterios del Centro Mundial para el Seguimiento de la Conservación del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (UNEP-WCMC), entidad a cargo de la consolidación de la base de datos mundial de zonas OMEC (Otras Medidas Efectivas de Conservación Basadas en Áreas). El cumplimiento



de los criterios es determinante para que un área definida pueda ser reconocida como OMEC, y para que las treinta y cuatro familias del municipio de Piojó nombren su extensión de tierra bajo esta sigla.

En consecuencia, la asociación, la FESC y Conserva Aves avanzan hacia su objetivo principal: "Crear una OMEC de base comunitaria en la que se protejan las aves de interés en el área, se conserve y restaure el bosque seco, y se generen oportunidades de medios alternativos de vida que aseguren el bienestar de la comunidad". Así está consignado en el proyecto redactado por las partes responsables.

El proyecto de reconocimiento como OMEC, presentado en septiembre de 2024 ante la dirección de Bosques, Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos del Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible, incluye el diseño y la construcción de corredores de conectividad

* La asociación Las Guacharacas podrá acceder a apoyos logísticos y subsidios económicos que le permitan hacer cambios significativos en cada una de las familias integrantes de la comunidad.

ecológica que favorezcan el desplazamiento y uso del hábitat por parte de las aves, y que habiliten el avistamiento de dichas especies. En la descripción detallada también se expuso el interés por "promover un tipo de turismo vivencial y comunitario, así como sistemas agroforestales de producción sostenible que aporten al bienestar de las familias que hacen parte de la OMEC, en especial a las mujeres".

Dos años antes de la presentación del proyecto, y en el marco de la primera convocatoria Conserva Aves Colombia –cuyo objetivo es la creación de nuevas áreas protegidas para el cuidado de hábitats esenciales para las aves y el bienestar de las comunidades–, la FESC identificó el potencial de la comunidad en los corregimientos de Hibácharo y El Cerrito para constituirse oficialmente como OMEC.

No se trata solo de una sigla que las identifique y las diferencie dentro y fuera del país. Después de evaluar los criterios B y C, que son "ser un área gobernada y gestionada" y "lograr una contribución sostenida y efectiva a la conservación in situ de la biodiversidad", la asociación Las Guacharacas podrá acceder a apoyos logísticos y recursos económicos que le permitan hacer cambios significativos en cada una de las familias integrantes de la comunidad. Así, en el nombramiento reside un sentido de pertenencia y de cuidado a futuro del bosque seco tropical; un modo legítimo de agruparse y constituirse frente al mundo.



Un Jardín entre el follaje de los árboles más viejos

[futuros imaginados]

—

1. Una parcela en el bosque parece el principio de un cuento y el dibujo de una casa que se hace de memoria: a mano alzada, un cuadrado con otros dos más pequeños en los extremos superiores y un rectángulo en el medio. Encima, un triángulo del mismo tamaño.
2. Treinta y cuatro familias habitan varias casas como la del dibujo. Son una agrupación del municipio, una parte de Piojó forjada por las historias de las abuelas, el pasto crecido y ver hacer la vida en comunidad. La comunidad nace, se extiende y se cuenta con las voces y la lengua de la cultura mokaná, un pueblo indígena presente en la región.

   "Primero fue la naturaleza; después, mi nono y el nono de él, hasta nosotros", dice Luis, el guía al mando, quien también se dedica a la caza en compañía de su padre, Giovanny.
3. Hay un camino que recorre perimetralmente las 610 hectáreas delimitadas dentro de



Ese camino lo reconocen Luis, Giovanny, Julia y los demás habitantes que saben distinguir sus huellas. Lo reconocen con el cuerpo, por el asentamiento de los pasos en el suelo.

la OMEC. Ese camino lo reconocen Luis, Giovanny, Julia y los demás habitantes que saben distinguir sus huellas. Lo reconocen con el cuerpo, por el asentamiento de los pasos en el suelo, sobre hojas secas y semillas voladoras.

4. Un grupo liderado por Carmen sueña con transformar ese camino en un sendero que conecte las casas, un trayecto de adoquines que facilite el ascenso, una ruta con cumbres planas como miradores al Mar Caribe.
5. La Asociación Comunitaria Las Guacharacas discute en mesa redonda, con dibujos geométricos de por medio, cómo incorporar al senderismo y al avistamiento de aves un tipo de alojamiento en zonas rurales.
6. El grupo decide conformarse como Comité de turismo.
7. El dibujo es más grande: ahora la casa, formada por tres cuadrados, un rectángulo y un triángulo, está tan cerca de la carretera que sus habitantes y sus huéspedes eligen, sin pensar en la demora, adónde ir. Por un lado, a Barranquilla; por otro, a Cartagena.
8. El Comité pasa del dibujo a la construcción, de la construcción interrumpida a habitar sus parcelas, de las tradiciones locales a la planeación de una experiencia inmersiva campesina para turistas nacionales y extranjeros.

9. Imaginan: las casas de los anfitriones serán más extensas en el fondo, con una puerta auxiliar al galpón o al corral, dependiendo de las crías, a la cocina de leña a cielo abierto o al jardín que se confunde con el follaje de los árboles más viejos.

10. Entonces, el dibujo de la casa en el bosque crece con esmero y la ilusión de levantarle un segundo nivel: un nuevo cuadrado con dos más pequeños en los extremos superiores, arriba del primer cuadrado o piso. Algunas casas en Piojó tienen balcones con vistas a la inmensidad de la tierra y del mar.

11. En el municipio el futuro lo construyen en colectivo. Inventan formas de autogestión para resguardar y cuidar su riqueza. Los habitantes se trepan al palo para bajar la semilla; la duermen y la despiertan para atraer a las aves.

"Cuarenta y siete son especies endémicas del país", dice una de las integrantes del Comité de turismo, también vinculada al vivero comunitario y al grupo de búsqueda de semillas nativas.

12. De la consolidación del Comité de turismo y una prueba piloto depende la recuperación del legado indígena que aún se alcanza a escuchar en las voces de los taitas.

13. La asociación se pregunta: ¿cuál es el idioma nativo? ¿Dónde está la lengua mokaná?





DEBAJO DE UN CIELO SIN NUBES

[canto coral]

—

"El bosque seco tropical es una formación vegetal compuesta por árboles y bejucos leñosos". Con esa experticia se dirige Julia a nosotros. "Lo aprendí y lo sé ahora que somos una OMEC candidata", agrega.

Julia, en realidad, se dirige a mí porque soy foráneo. Con el ritmo del campo y del Caribe, me explica la sigla de cuatro letras: Otras Medidas Efectivas de Conservación. Y continúa hablándome de Piojó desde lo alto del cerro donde estamos:

"Las vacas y el rebaño se han ido llevando por delante lo que hay. Y el suelo, puro pasto para el ganado, como si fuera menos importante que proteger los nidos de algunos pájaros". Guardo silencio, tomo nota con atención. Mientras tanto, escucho su voz acompañada por la música de las guacamayas, otra de las aves en vía de extinción en el Atlántico, acostumbradas a tener sus polluelos en el macondo más alto, ya caído.

* En el Caribe colombiano solo queda un 1% de lo que décadas atrás fue el ecosistema de bosque seco tropical.

"Cuando no, son los monocultivos de algodón. Lo uno y lo otro, y esta sequía que hace más difícil el crecimiento de las plantas". Julia subraya que Piojó es el corazón de otros municipios aledaños: Puerto Colombia, Tubará, Luruaco, donde se extiende la cobertura del bosque, ubicado en las franjas costeras del departamento.

En el Caribe colombiano, solo queda un 1% de lo que décadas atrás fue el ecosistema de bosque seco tropical. El porcentaje más grande de conservación de este ecosistema menguado lo comparten el municipio de Piojó y la Serranía del Águila, en Antioquia.

Julia señala desde el mirador de su parcela las zonas conservadas, los fragmentos de bosque aislados, ahí donde el fuego no ha escuchado el ruido de la madera cuando se transforma. Ella imagina –fijándose en el territorio, en los vacíos, baches que son islas desiertas– nuevos corredores para las especies.

Micos trazando su trayectoria
de Piojó al Palomar
un titís descubre la siembra
los árboles nacer

La OMEC es un punto estratégico para la conectividad ecológica de las áreas de conservación en el Atlántico. Para los titís y los armadillos, para la restauración de las áreas deforestadas que señala Julia con el dedo –los troncos de los árboles que establecen el área de la OMEC–. Aunque en un principio la extracción de madera fue una de las actividades económicas del municipio, hoy representa riesgos para el bosque seco. Produce extensiones de tierra plana, sin cultivo, con el rastro del fuego; son grandes quemas de troncos y ramas apiladas donde la guacharaca sobrevuela sin descanso.



El proyecto de restauración ecológica a cargo del Comité del vivero comunitario está conformado por trece personas; Julia es una de ellas. El vivero está dividido en cuatro estaciones: preparación de sustratos, germinación, crecimiento y rustificación. Destaca la primera estación, donde preparan la tierra con arenas y abonos para la cama de germinación. Y la última, que consiste en exponer la plantación al cielo sin nubes y a altas temperaturas.

EL PROYECTO DE RESTAURACIÓN ECOLÓGICA Y EL VIVERO VAN DE LA MANO; SON LOS PROTECTORES DE CUARENTA Y SEIS PLANTAS NATIVAS QUE SE ESTÁN PROPAGANDO DEBAJO DEL TOLDO, DISEÑADO PARA DEMORAR LOS EFECTOS DE LA SEQUÍA EXTREMA.



EL VIENTO DISPERSA SEMILLAS QUE CUBREN EL SUELO

[herbario estético: semillas y plantas]

—

Ceiba roja:

La primera semilla es peluda y se abre en sus cinco brazos. Aunque es de color marrón –con pecas negras–, por el lado liso parece una estrella. En el reverso, pierde la forma; es suave como el algodón, abundante como la piel de las ovejas y de color naranja –pálido y desteñido–, con esferas rojizas, oscuras, enredadas en la mota. Cabe en la palma de la mano y la cubren los dedos y luego es dispersada por el viento.

Colorado:

La segunda semilla tiene diferentes texturas. No se puede sostener por la parte baja, un copo de clavos con el filo de las espinas, del que se desprende un ala. Es desde esa ala que se puede levantar la semilla del suelo. Es larga, entre ocho y diez centímetros. En ella puedo ver los espejuelos, los patrones que tienen las alas de algunas aves. Julia y Luis me muestran las marcas: líneas onduladas que repiten la forma que el viento ha fijado en las semillas voladoras.

Sangregado:

No encontramos semillas del *Croton*, una especie de árbol que se caracteriza por derramar un tipo de resina líquida y roja. Cuando se cortan sus ramas o el tronco, sangra. De ahí proviene su nombre común. Entre las semillas del colorado y la ceiba están sus hojas secas. En el centro de la hoja hay una protuberancia ennegrecida que va aclarándose hasta el contorno.

Macondo:

Un capullo de cuatro alas se despierta al sol y con la tierra mojada. También tiene un patrón de líneas, pero es más grande que las demás semillas. No cabe en la palma de la mano. Chispea y rebota la luz entre las otras; tiene un color amaderado, canela y dorado por la estación seca. Sobresale encima del montón de piedras. En el interior de una de las alas germina la semilla, por sí sola. Me doy cuenta de que cada ala es un capullo del que podría crecer la primera hoja, esto en mayo, en junio, durante la temporada de lluvias.

Caucho:

Llora. Sus lágrimas son ramas que se prenden a la tierra, que se aferran al suelo. El árbol emite un sonido cuando la mano pasa por las ramas –entre ellas–, como si estas formaran las cuerdas de un arpa en medio del bosque. El caucho es uno de los árboles en vía de extinción, además del macondo y la ceiba roja. Llora desde lo alto, desde sus brazos más fuertes y frondosos. Está en la franja montañosa, en las laderas, lejos de la ruta que va a Barranquilla y a Cartagena. No hemos visto su semilla.

Higuerón:

Un niño ingresa al árbol. Lo trepa, no por sus ramas, que se extienden a lo ancho del paisaje, sino por dentro, a través del tronco hueco, hecho de tripas cruzadas que van tejiendo el cuerpo y la altura. También le llaman triturador. Apretado, el niño llega hasta la copa del árbol. Sube en pendiente, como nosotros al cerro, al límite de la OMEC.



* La Asociación está concentrada en recuperar lo perdido; tiene la esperanza de ver crecer de nuevo el bosque en el municipio.

Mamón criollo:

Sobre el hollín de la tala y la quema de árboles, como un oasis de sombra en la inclemencia del ambiente, de frente a la agresividad del sol y sin la brisa, hay un mamón criollo. Se ve desde los miradores, por el sendero, arriba de las áreas cercadas del ganado. Debajo del árbol cae una cuerda. De la cuerda, está atado un neumático. El neumático es el columpio del niño, después del descenso.

Algunas son semillas, a veces dispersadas por el viento, a veces por las aves; otros, árboles nativos del bosque seco tropical. Con la recolección y la limpieza que organizan Julia y los integrantes del vivero comunitario, esperan acelerar la germinación de las semillas y la restauración del bosque. El equipo ha preparado una mezcla de tres clases de arena para el mantenimiento de la siembra en canaletas. La Asociación está concentrada en recuperar lo perdido; tiene la esperanza de ver crecer de nuevo el bosque en el municipio.





LAS EDADES DEL MACONDO

[adaptación poética de entrevista]

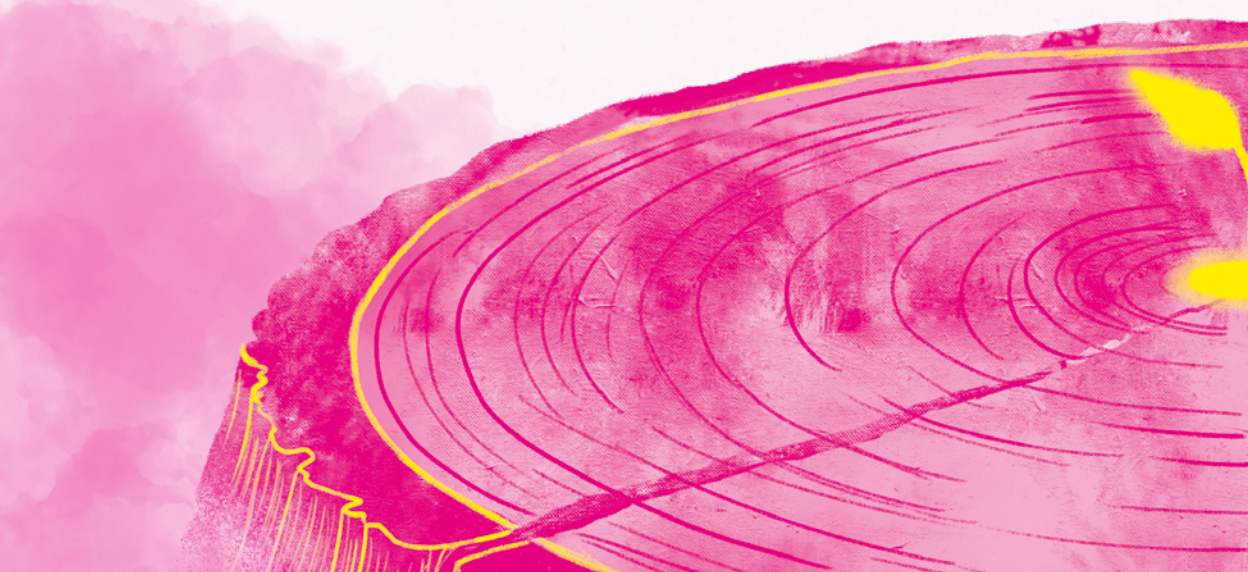
—

Del renacer de los macondos hay seis sembrados, todavía pequeños. Los cuenta Julia, y después lo hace Luis, quien nunca había visto uno así de cerca. Los seis árboles están dentro de la parcela de Milton, retirados del sendero principal y creciendo escondidos de las guacamayas, que los vislumbran desde el vuelo. Milton no heredó ni es dueño de ningún terreno en el municipio; la parcela de los macondos la recibió un firmante de paz en 1991, durante el proceso de reincorporación a la sociedad civil del Ejército Popular de Liberación, EPL. Veinte años después del acuerdo, una de las cuatro familias que conservaron sus tierras en Piojó permitió a Milton ocupar aquella parcela #71. El beneficiario oficial de esas doce hectáreas y media realizó una renuncia formal, pidiendo a cambio un nuevo predio en tierra plana, cerca de la carretera pavimentada. Hoy, la parcela #71 que ocupa Milton pertenece a la Agencia Nacional de Tierras. En la alcaldía del municipio de Piojó certifican la posesión legal de Milton, quien se reconoce a sí mismo como poseedor de buena fe y ambientalista.

Uno, dos, tres, ocho anillos tiene el macondo más alto. Luis trata de abrazarlo para confirmar el tamaño con su propio cuerpo. No puede, no del todo; cada veta es un año —nadie alcanza a ver por completo la última línea en relieve—. Julia y Luis también se agachan, siguen llenando las tulas con semillas de quebracho, cedro blanco, ceiba roja y majagua.

"Palma lata, amarga y de vino", dice Julia. Dice así, rápido, nombrándolas todas y cada una con la alegría de encontrarlas en el camino, desde que empezamos el ascenso por el cerro: "santa cruz, colorado, ceiba blanca, camajón… Para que esto vuelva a ser lo que fue, para que un día el sendero esté listo y vengan a visitarnos, para que ustedes regresen".

Durante el reconocimiento y la recolección de las semillas, Luis se da cuenta de que, a pesar del suelo poblado, ningún macondo supera los ocho metros de altura. Entonces, volvemos a mirarlos hacia arriba, hacia el cielo de ramas tupidas.



—En los últimos macondos, incluido el más adulto, algo inició un hueco en ellos, que sirvió de casa para las guacamayas y sus polluelos —nos responde Milton por altavoz cuando lo llamamos.

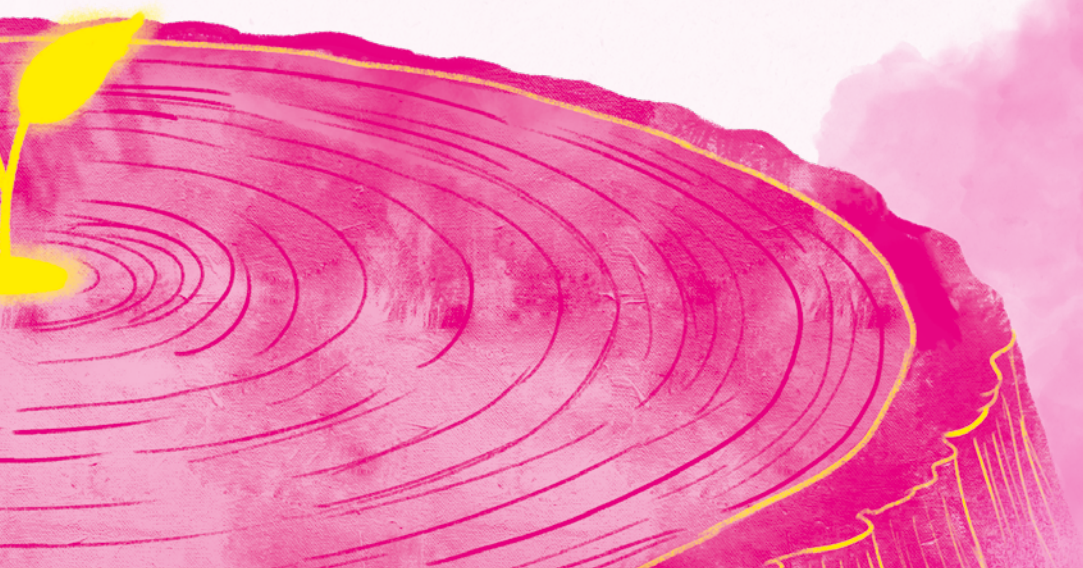
—¿Algo? —le pregunto, pero él prefiere seguir hablando de las guacamayas.

—Ellas se le comen el corazón. Y el árbol se fue a tierra. —Milton dice en presente la tenacidad con la que el ave anida, la urgencia de esta especie por criar a los recién nacidos. No así habla de la caída del árbol, que la recuerda y la dice en un pasado radical, un tiempo del que se recupera con precaución. Él y los habitantes de Piojó ocultan la siembra del macondo de la necesidad de anidar de las guacamayas.

—Pero ellas también están en vía de extinción, en manos del hombre, de la cacería para su comercio local —continúa.

En Piojó hay una práctica de caza no regularizada en la que la gente agarra pichones para domesticarlos. Se venden guacamayas azules

* "Santa cruz, colorado, ceiba blanca, camajón... Para que esto vuelva a ser lo que fue, para que un día el sendero esté listo y vengan a visitarnos, para que ustedes regresen."



y rojas, como las *Ara ararauna* y las *Ara macao*. Estas aves y las demás de esta familia requieren de altura para construir sus nidos, como la de los macondos que ya no están. Hacia el año 2000, desde la carretera se podían ver los árboles, magníficos faros sobresaliendo en las montañas.

—Otras veces, es por sus nidos que se introduce agua en el árbol, y el agua, con el tiempo, los mata. Hubo tantos macondos en el territorio que era difícil llevar el conteo de las caídas. Hoy no hay suficientes para contar. Y sabemos que las aves migran de aquí a raíz de la deforestación.

Julia y Luis asienten. El aprovechamiento del bosque produjo el cielo abierto, la pérdida de cobertura, el deterioro y la desaparición de los pozos de agua viva. Este conocimiento y la conciencia sobre su realidad vienen de la mano con los saberes arraigados acerca de las plantas, no solo sobre los macondos. Vienen con el legado de la región, con lo ancestral, que es el saber popular adquirido a través de la oralidad, de generación en generación, en el que está el principio de la tierra y de su pueblo. La información ha circulado al interior de la OMEC como parte de la campaña de recuperación de la flora, que implica tomar acción y realizar intervenciones directas sobre la tierra. La tierra depende del agua.

—Antes y primero, que llueva y no escampe. Porque si apenas cae poquito sereno, la brizna marchitará las plantas —advierte Julia.



UNA LLUVIA BRAVA

[pasado geológico]

—

Antes de venir aquí, antes del ascenso de cualquier turista y anterior a cualquier nuevo reportaje sobre la OMEC, el recorrido por Piojó era a través de un bosque frondoso y cerrado, con árboles de treinta a cuarenta metros de altura. Hubo una temporada, sin embargo, entre 2010 y 2011, en la que llovió día y noche.

—Una lluvia brava —dice Giovanny, el padre de Luis.

No hubo oración ni súplica que consiguiera detener el fenómeno de La Niña. En cambio, por televisión y radio, en cada uno de los canales de comunicación, se anunció la declaración de emergencia y desastre en todo el territorio nacional.

Las bases de contención del bosque se desprendieron junto con el peso de los árboles y del agua retenida en lo profundo del suelo. Desde la cima, la montaña se deslizó y desapareció, cubriendo más de veinte hectáreas en el deslizamiento.

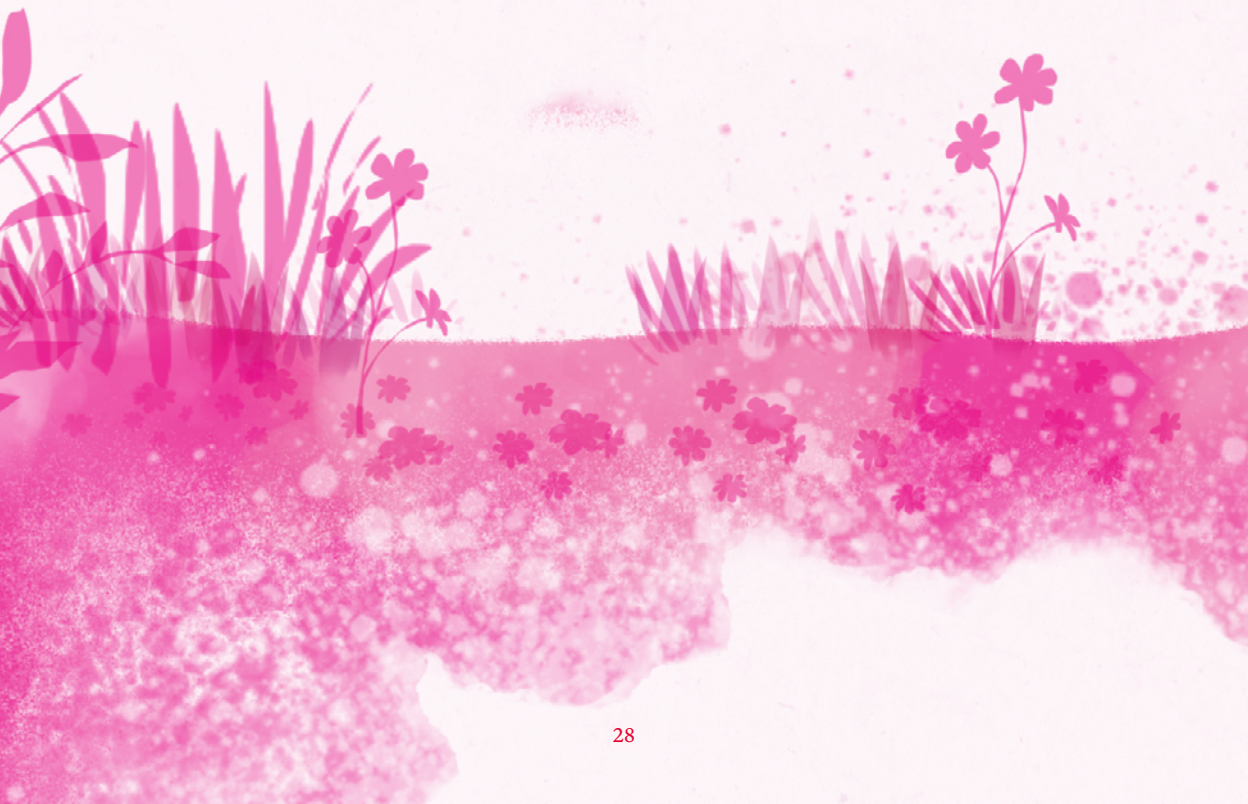
—Hasta selló la quebrada —nos explica Giovanny, tratando de narrar su tierra,

intentando dar cuenta de las especies subterráneas.

A unos metros de la entrada al sendero que bordea la OMEC, durante quince años, fauna y flora durmieron entre el lodo.

—Esto es algo llamativo; es difícil ver un árbol de estos por acá —dice y nos muestra mientras señala las raíces aéreas del caucho, lágrimas sembradas como patas adicionales del árbol.

Hoy y aquí
algunas lianas
cruzan de un lado a otro
andan por una zanja profunda
Julia, Milton, Giovanny y Luis
con la erosión del agua
de su historia.



Hay un lugar en el recorrido –pasando por los ranchos y los miradores, después del camino de las semillas y los macondos chicos– donde el bosque recuerda cómo era antes. Mira su descendencia. Quizás el origen, a sí mismo.

SOBRE LA TIERRA
EMERGE EL BOSQUE
YACE DE SU PASADO
EL PRIMER ARROYO ANUNCIA
EL RETORNO DE LA NATURALEZA.





TODOS LOS HUESOS ENTEROS

[material abierto]

—

Él vivía en una parcela de cincuenta y dos hectáreas de plátanos sembrados. Un día, un burro se comió una de las plantas, así que les pidió a sus cinco hijos que estuvieran pendientes del cultivo y que desenterraran el plátano para volver a sembrarlo.

—Papi, aquí encontramos un cráneo humano, donde estaba la mata —le dicen.

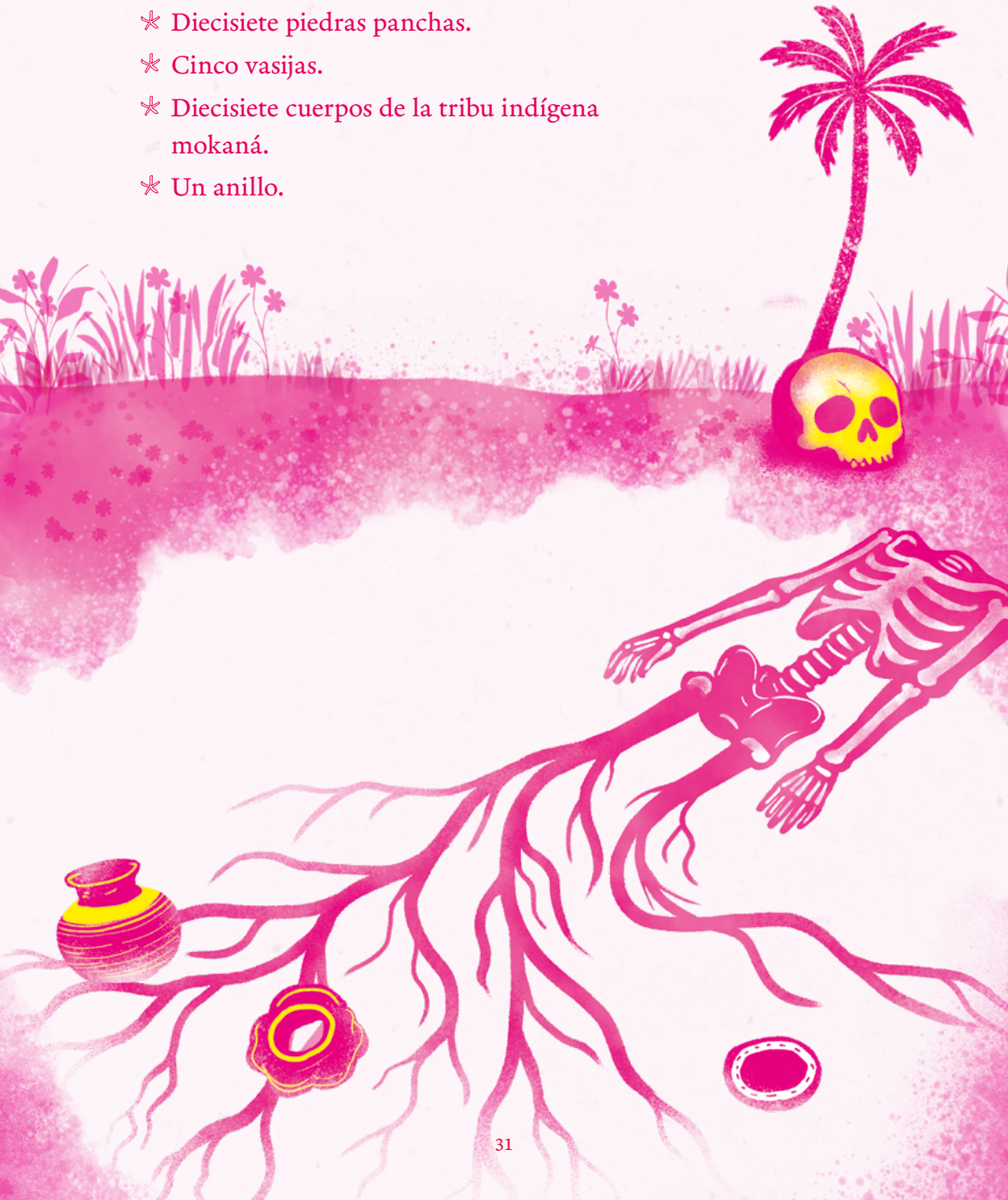
Lo encontraron a veinte centímetros de la superficie. El padre les ordenó a sus hijos que siguieran cavando en un área de cuatro metros cuadrados. Después de unas horas, otros cráneos y una vasija.

En marzo de 2014, a medida que avanzaba la excavación con pico y pala, en una profundidad de un metro y medio, los hijos fueron encontrando más restos de personas –fémures, costillas–. Y en las esquinas de los entierros, más piezas arqueológicas. Uno de los indígenas fue hallado de pie.

—Todos los huesos enteritos; enterrado como si fuera un árbol.

Llegó la policía del municipio y de varios pueblos de la región. Cavaron durante más de dieciséis minutos con retroexcavadoras.

- Una moneda española de 400-600 años de antigüedad. Del virreinato de Panamá, averiguaron.
- Diecisiete piedras panchas.
- Cinco vasijas.
- Diecisiete cuerpos de la tribu indígena mokaná.
- Un anillo.



El alcalde de Piojó quiso llevarse los cadáveres y las vasijas, pero el predio era privado. El padre, dueño del predio, impidió el traslado, remarcando su propiedad y cubriendo los hallazgos con una bolsa de plástico.

Dos años después, empacados en bolsas individuales, el padre y sus hijos regresaron los huesos a la tierra. Los demás hallazgos, gracias al apoyo de estudiantes de la Universidad del Norte y de la Universidad Industrial de Santander –encargados de los procesos de catalogación, limpieza y registro fotográfico–, permanecen guardados y separados en una caja de cartón.

*

Sobre esa misma tierra, hacia 1987, el padre conoció el cementerio.

—Las lápidas iban en un tramo de metro y medio, como la profundidad del sepulcro —recuerda.

Del otro lado, aún hay peñones de un metro ochenta de altura que conforman un círculo roto.

—Nadie sabe qué hay debajo ni para qué fue usado —dice.

Alrededor también aún hay algunas palmas de vino, que son el símbolo del pueblo, las huellas del pueblo mokaná.

—Donde hubo palma, hubo cacería indígena —advierte.

*

La colección está registrada ante el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH). El avalúo de las piezas arqueológicas es de veinte millones de pesos colombianos. Existe la intención de incluir, en los planes de turismo rural, una visita a la casa del padre, dueño del predio, o aprovechar un colegio vacío en la región para construir un museo, un espacio físico que resguarde el pasado indígena. Por ahora, el padre y sus hijos cuentan con estanterías para la exhibición. Ninguno quiere que la colección salga de la OMEC, que las figuras y los restos sean desterrados.

*

Por la erosión del suelo de los predios de la OMEC, en los embalses artificiales, durante caminatas y excavaciones, algunas veces dan con más hallazgos arqueológicos. Nunca tantos como en la parcela del señor Amed.

*

El padre –señor Amed– usa el anillo del indio en el índice. Apenas se lo quita para mostrárselo a los turistas.



Esta publicación se produjo en el marco de Conserva Aves, una iniciativa liderada por American Bird Conservancy, National Audubon Society, BirdLife International y la Red de Fondos Ambientales de Latinoamérica y el Caribe (RedLAC) e implementada en Colombia por el Fondo Acción y la Asociación Calidris con recursos de Bezos Earth Fund.

Esta fracción de tierra está poblada de árboles que reducen el tamaño de sus hojas [Otras Medidas Efectivas de Conservación Basadas en Áreas, Las Guacharacas]
Luisebastián Sanabria
978-628-97557-2-5

Fundar cuidado: figuras de conservación en territorios de Colombia
978-628-95312-9-9

Es un proyecto editorial de apropiación social del conocimiento de la Maestría en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo en alianza con el Fondo Acción.

FONDO ACCIÓN
Natalia Arango Vélez - Directora Ejecutiva
Juan Carlos Parada Jaiquel – Director Administrativo y Financiero
Elizabeth Valenzuela Camacho – Directora Técnica
Juan Pablo Marín Echeverry – Director Jurídico
Heidy Angarita Suárez – Directora de Operaciones
Luisa Mendoza Rozo – Coordinadora de Comunicaciones
Salomé Sánchez Sotomayor – Analista de comunicaciones y diseño

CONSERVA AVES
Sebastián Orjuela Salazar – Coordinador
Paola Barreto Herrera – Asistente Técnica

INSTITUTO CARO Y CUERVO
Daniella Sánchez Russo – Directora General
Juan Álvarez, Coordinador Creativo – Docente investigador de la Maestría en Escritura Creativa

DISEÑO
El Bando Creativo

Todos los derechos reservados a National Audubon Society, American Bird Conservancy, BirdLife International, Fondo Acción y Asociación Calidris. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable, o transmitida en forma alguna o por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso escrito previo de quienes ejercen los derechos de autor.

